

GABRIELA MISTRAL, EN LENGUA MATERNA-MATERIAL-MATRICIAL

MARÍA BINETTI

Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), CONICET

Desde hace algunas décadas, pensadoras feministas como Luce Irigaray, Luisa Muraro o Rosi Braidotti —entre otras— han intentado reconstruir los supuestos ontológicos de un lenguaje independiente de la lógica abstracta falocéntrica, que emergiera por mediación metonímica del sustrato materno-material-matricular, en continuidad esencial con ese origen y en conexión inmediata con la vida. En el marco de esta nueva simbólica materna-material-matricular, el presente artículo se propone leer la poética mistraliana, concebida y alimentada por esa misma matriz de la que nace la vida.

PALABRAS CLAVE: Madre, matriz, materias, infancia, originario, juego.

Gabriela Mistral, in a maternal-matrix-material language

For some decades, feminist thinkers such as Luce Irigaray, Luisa Muraro and Rosi Braidotti —among others— have tried to reconstruct the ontological assumptions of a language independent of the abstract phallogocentric logic, emerging by metonymic mediation from the maternal-material-matricular substrate, in essential continuity with that origin and immediate connection with life. In the context of this new maternal-matrix-material symbolic, this article aims to read Mistralian poetics, conceived and nurtured by the same matrix from which life is born.

KEY WORDS: Mother, matrix, materials, childhood, original, play.

Una lengua metonímica y medial

Desde hace algunas décadas, pensadoras feministas como Luce Irigaray, Luisa Muraro o Rosi Braidotti —entre otras— han intentado reconstruir los supuestos ontológicos de un lenguaje independiente de la lógica abstracta falocéntrica, que emergiera por mediación metonímica del sustrato materno-material-matricular, en continuidad esencial con ese origen y en conexión inmediata con la vida. Se trata de un lenguaje no dualista sino dialéctico y medial, no abstracto sino concreto y encarnado, no representativo sino activamente conceptivo del devenir vital. En el marco de esta nueva simbólica materna-material-matricular, el presente artículo se propone leer la poética mistraliana, concebida y alimentada por esa misma matriz de la que nace la vida.

En lengua castellana, nadie como Gabriela Mistral ha logrado romper con un silencio milenario para convertir en palabra viva la experiencia primitiva de una *materialidad* capaz de darse a luz, dar a luz o simplemente nacer por su propia mediación inmanente. Lo ha hecho en la afirmación de una autonomía absoluta, superando con su voz descastada de mujer y mestiza la lógica abstracta del varón blanco y burgués. El quiebre subversivo de su palabra se alimenta de una fuerza secreta, original, íntegra e inocente, en razón de la cual la obra de Mistral resulta virtualmente post-fundacional y trans-fundacional del pensamiento y la simbólica indoamericanos.

La propuesta de leer la poética mistraliana en clave de un lenguaje ontológico materno-material-matricial supone varias cosas. En primer lugar, supone negar el dualismo metafísico que reduce la procreación materna a hecho biológico, experiencia individual, marca textual, tópico o mito poético, para concebirla como energía creadora en la integridad de sus potencialidades naturales y culturales, individuales y sociales, políticas y hasta religiosas. En segundo lugar, supone negar que el arquetipo materno funcione como metáfora representativa de una “cosa en sí” trascendente e inalcanzable, para afirmarlo como mediación metonímica de una inmediatez material, intuitiva y rítmica, recíprocamente actualizada por su propio decir.¹ En tercer lugar, entendemos que la madre arquetípica de Mistral cumple por antonomasia el sentido etimológico del *symbolon* como unidad parida en dos, es decir, escindida y arrojada en simultáneo al encuentro recíproco. Con esto negamos que el arquetipo materno signifique cierta idealidad sustancialista —en sí misma pura y perfecta—, y en su lugar lo afirmamos como desdoblamiento inmanente, cuya energía diferenciante y relacional se reconoce a sí misma en la reciprocidad materno/filial.

Concebir y realizar un lenguaje materno-material-matricial significa por partida doble la incorporación a la palabra de una *materialidad* excluida por definición del logos falo-onto-teo-céntrico, y la restitución de la palabra a su origen material y al devenir continuo de la vida. Tal es el dinamismo simbólico que intentaremos mostrar a lo largo de estas páginas, siguiendo la poética materno-material-matricial de Mistral, con especial atención a sus tres primeros poemarios.

Valga aclarar que no es este un trabajo de teoría literaria o lingüística, sino un análisis de teoría feminista y, en rigor, de cierta ontología feminista empeñada en concebir el ser a la luz de su nacimiento y devenir mater-real.

De rondas, cuenta-mundos y jugarretas

Gabriela Mistral obtuvo el premio Nobel —primero para la literatura latinoamericana y único para la literatura femenina castellana— con dos poemarios: *Desolación* y *Tala-Ternura* es una compilación infantil de los textos

¹ Cf. Muraro (1981).

precedentes—, y lo hizo por su capacidad de expresar una Latinoamérica material, originaria, telúrica, en el decir primordial de la lengua materna. La lengua materna mistraliana simboliza la fuerza originaria, conceptiva y naciente de lo real, y por eso enuncia metonímicamente la infancia subjetiva de cada singularidad, colectiva de la humanidad y cósmica del todo. En cualquiera de estos casos, se trata de una simbólica mater-real mediada por la actualidad vital del origen y establecida en conexión inmediata con su energía espontánea, creadora y lúdica. De aquí ese deslizamiento inmanente de la poética mistraliana desde esa infancia arrullada en la canción de cuna, hacia la fantasía mítica del folklore andino o el cuenta-mundos elemental de la tierra madre.

El mismo año en el cual ganaba el premio Nobel, Gabriela confesaba en Brasil: “continúo viviendo a la caza de la lengua infantil, la persigo desde mi destierro del idioma, que dura ya veinte años” (“Colofón con cara de excusa”, Mistral, 1952: 164). Un destierro mucho mayor aún, de milenios falogocéntricos, convierte esa caza en una praxis refundacional de la cultura. La lengua infantil que Mistral persiguió toda su vida bajo las figuras de las canciones de cuna, las rondas, los cuentos, cuenta-mundos y otras jugarretas, traduce una forma de ser en la cual se dice el sentido mismo del ser en general. A saber, el modo relacional y recíproco de un ser concebido y nacido en el abrazo materno-filial. En otros términos, se trata de un ser devenido en y por otra, capaz de contenerlo en su alteridad radical. Siguiendo ese modo de ser diferencial, Gabriela comentaba: “escribo sobre mis rodillas y la mesa escritorio nunca me ha servido de nada” (“Cómo escribo”, Mistral, 1962: 1). Es decir, ella gestó su obra en el mismo lugar del arrullo materno, haciendo de sí misma su propia creación.

La lengua materno-infantil mistraliana abreva en tres fuentes principales, recíprocamente sostenidas: la propia experiencia, el folklore andino indioamericano y la mítica primitiva universal. La primera fuente poética arraiga en la experiencia de su infancia, el amor de su madre, el seno de ese continente elquino que será su cifra, y la vivencia de una autoridad matricial, educadora y nutricia que definirá su vocación. La segunda fuente se refiere al hilozoísmo o vitalismo de las culturas autóctonas, simbolizado en la Pachamama y expresado en una religiosidad ctónica elemental. La tercera fuente corresponde a la Gran Madre universal, que es Cibele y diosa hindú y eterno retorno cíclico de lo mismo. Gabriela describía en los siguientes términos esta triple convergencia: “la mujer no solo oye respirar al chiquito; siente también a la tierra matriarca que hierve de prole [...]. Esta madre, con su boca múltiple de diosa hindú, recuerda en la canción sus afares del día” (“Colofón con cara de excusa”, Mistral, 1952: 157-58). Experiencia individual que es a la vez conciencia cósmica e inconsciente universal, poética materna, telúrica y atávica, atravesada por la *gynergia* del origen mater-real y hablada en espontaneidad lúdica infantil.

En la construcción de la lengua mistraliana, lo materno ejerce una función arquetípica, es decir, constitutiva de un modo de concebirse y devenir la realidad

en su totalidad. Dicho arquetipo no funciona a la manera extrínseca y trascendente del significante falo-logo-céntrico, abstractamente representativo de una entidad sustancial que el signo mata, sino a la manera inmanente y metonímica del origen materno-material-matrical, cuyo logos emerge de su seno por su mismo desdoblamiento, en la creación de una identidad relacional y dialéctica. En lo que sigue, intentaremos mostrar los rasgos centrales del arquetipo matrical mistraliano tal como su propia poética lo simboliza, mediante las grandes figuras de la “entraña”, la “tierra”, las “materias”, la “muerte” y la “locura”.

En primer lugar, la lengua materna se expresa en esa entraña que es carne y sangre desdoblada, materia primitiva devenida origen filial, reduplicación creacional, diferencia absoluta y sin embargo identidad fundacional. Así se lee, por ejemplo: “velloncito de mi carne, / que en mi entraña yo teji” (“Apegado a mí”, Mistral, 1951: 147, vv. I-II), “dormía así en mi entraña / con mucha dejadez” (“Sueño grande”, Mistral, 1952: 41, vv. III-IV), “y saltan, como un hijo, / contentas, mis entrañas” (“La cabalgata”, Mistral, 1946: 39, vv. LXIII-LXIV), “madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos” (“Evocación de la madre”, Mistral, 1962: 39). Tal es la potencia de esa entraña definida como origen, medio y fin de la vida, que su bendición se pronuncia incluso —como lo remarca Susana Münnich (2005: 15, 300)— sobre ese vientre infecundo “en que mi raza muere” (“Poema del hijo”, Mistral, 1951: 110, v. LXII).

En el prólogo que Paul Valéry le dedicó a una edición francesa de Mistral que ella desistió publicar, el poeta francés se refería a cierta “mística fisiológica” (Mistral, 2008: 40) de la “Canción de la sangre”, capaz de convertir la identidad material del origen en reciprocidad espiritual y existencial. Del uno-fisiológico deriva, por continuidad vital y expansión metonímica, esa unidad anímica y simbólica que cierra la “Canción de la sangre”: “¡en la noche, si me pierdes, / lo trae mi sangre! / ¡Y en la noche, si lo pierdo, / lo hallo por su sangre!” (Mistral, 1952: 46, vv. XXIX-XXXII). La acción recíproca materno-filial y su mutuo reconocimiento inmediato tiene que ver con la unidad de un origen material-matrical, cuyo desdoblamiento inmanente se hace entraña, pecho, manos, mirada, rodillas, palabra, “contacto que me fundía” (“Lápida filial”, Mistral, 1946: 13, vv. X).

La entrega materna al hijo/a tiene que ver con esa identidad ontológica que la misma entraña re-produce. “Lo he olvidado todo / por hacerme cuna” (“Corderito”, Mistral, 1951: 159, vv. VII-VIII); “duerme en ti la carne mía, / mi zozobra, mi temblor. / En ti ciérrense mis ojos: / ¡duerma en ti mi corazón!” (“La madre triste”, Mistral, 1951: 153, vv. IX-XII). Y en el otro término de la entrega materna, la reciprocidad del desdoblamiento matrical, su mutuo reconocimiento inmediato: “yo te miro, yo te miro / sin cansarme de mirar, / y qué lindo niño veo / a tus ojos asomar” (“Caricia”, Mistral, 1952: 132, vv. IX-XII). En esa relación absoluta materno-filial, los dos se constituyen por la acción recíproca de ambos,

que es mutuo deseo y goce, “monte de tu gozo y de mi gozo” (“La fuga”, Mistral, 1946: 11, v. VIII). El nacimiento de la subjetividad a través del reconocimiento materno-filial supone la completa refundación de la conciencia y el erotismo humanos, antes sujetos a la ley del padre y sus significantes fálcos.

De esa unidad fisiológico-material emerge tanto el erotismo subjetivo como el dolor inevitable de la parición y la partida, la vulnerabilidad y el desvalimiento de la carne, la lógica del desamor y, en última instancia, la sombra de la muerte como “contra-madre del mundo” (“Canción de la muerte”, Mistral, 1952: 50, v. IX) que acecha constantemente la creación matricial por la misma fuerza dialéctica del origen. El dolor materno descrito por Mistral es consecuencia de dos grandes núcleos generadores: el patriarcado cultural y la muerte natural. En el primer caso, se lee por ejemplo: “mi padre dijo que me echaría, gritó a mi madre que me arrojaría esta misma noche” (“Arrojada”, Mistral, 1951: 179), o “¿para qué viniste si el que te trajo te odió al sentirte en mi vientre? ¡Pero no! Para mi viniste” (“¿Para qué viniste?”, Mistral, 1951: 179-80), o “yo no quiero que a mi niña / la vayan a hacer princesa” (“Miedo”, Mistral, 1952: 85 vv. IX-XX). En el segundo caso, se presenta la muerte en la metamorfosis de su devenir, fragilidad, fugacidad o pérdida, y el grito de angustia: “¡que ya no crezca! / Páralo y sálvalo: ¡mi hijo no se me muera!” (“Que no crezca”, Mistral, 1952: 82, vv. XLII-XLIV).

A la figura de la entraña como símbolo arquetípico le sucede, por restitución y sustitución de lo originario, la “tierra” en la amplitud semántica de naturaleza, elementos materiales, patria, mundo, paraíso infantil o realidad total. Mistral restablece aquí la ancestral analogía madre/tierra, mujer/naturaleza por un deslizamiento metonímico que se remonta al inconsciente mítico más primario. “La Tierra que es Cibebes, / la madre que es mujer” (“Sueño grande”, Mistral, 1952: 42, vv. XXVII-XXVIII); “la tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos)” (“Imagen de la tierra”, Mistral, 1947: 251). La analogía madre-tierra descubre “el sentido maternal de las cosas” (“Imagen de la tierra”, Mistral, 1947: 251), inseparable —por acción recíproca matricial— de su sentido filial. La realidad entera es ese seno infinito capaz de contener, alimentar y abrigar como una madre, como capaz también de cobijarse y ser cuidado en reciprocidad filial.

En actitud materna, la naturaleza se entrega al deseo filial: “mi cuerpo quieto, las olas locas, / y como cien madres las palmas / ... / y yo bebí, como una hija / agua de madre, agua de palma” (“Beber”, Mistral, 1946: 93, vv. XXIII-XXVIII). En la multiplicidad de configuraciones naturales, el árbol goza del privilegio de la poética mistraliana, similar al ancestral privilegio recibido desde la prehistoria como figura y morada de la diosa. Al árbol se asocia la etimología de la materia —que es *hyle* y madera—, esa sustancia de la madre en continua generación de retoños, ramas, follaje, flores. “Árbol que no eres otra cosa / que dulce entraña de mujer, / pues cada rama mece airosa / en cada leve nido un ser” (“Himno al árbol”, Mistral, 1947: 201, vv. XLII-XLV). Gabriela “tiene culto por el árbol”

(Ladrón de Guevara, 1962: 23) y no es difícil intuir en ese culto la expresión de un vitalismo primordial en constante actualidad y regeneración.

Madre son también las *materias* mediante las cuales la naturaleza alberga y nutre, elementos primarios de ese cuenta-mundo universal que la palabra materna introduce en la existencia. “Y a la par que mecías, me ibas cantando [...]. En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo [...] no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti” (“Evocación de la madre”, Mistral, 1962: 39). El iniciático “cuenta-mundo” materno define lo inmediatamente dado en lo concretamente vivo, animado, atravesado por esa lengua primera que abre experiencias, sentidos y mundos. Pan, agua, sal, aire, etc., están en conexión esencial con el cuerpo materno, por continuidad sustituta de su alimento y vitalidad. Esa *materialidad* le pertenece esencialmente al niño como todo aquello que “va corriendo vivo por el lomo del mundo: luz, agua y palabra cantada y cantable” (“Poesía infantil y folklore”, Mistral, 1979: 279). Con estos elementos, la infancia juega su “ronda infinita” (“¿En dónde tejemos la ronda?”, Mistral, 1952: 56, v. XIII), porque en su inocencia “todo es ronda”: madre, mundo y palabra, jugados a la celebración de la inocencia universal.

La tierra-madre es además nación y patria bifronte entre la cordillera y el mar, el hogar y el exilio. “Cordillera de los Andes, / Madre yacente y Madre que anda” (“Dos himnos/Cordillera”, Mistral, 1946: 72, vv. I-II); “huele a mi madre cuando dio su leche, / huele a tres valles por donde he pasado: / a Aconcagua, a Pátcuaro, a Elqui / ... / y a mis entrañas cuando yo canto” (“Pan”, Mistral, 1946: 55, vv. IX-XII). Un mismo arquetipo matricial sostiene aquí el desplazamiento analógico entre la madre biológica, natural, política y la poesía como nacimiento simbólico de la inmediatez *material*. En virtud de este canto, Gabriela logra invertir la relación materno-filial para instalarse por acción inversa como madre de su creación lingüística. Y así le canta a su “Niño mexicano”: “¡es una maternidad / que no me cansa el regazo / y es un éxtasis que tengo / de la gran muerte librado!” (Mistral, 1952: 54, vv. XXXIII-XXXVI). Así le canta también a su Chile natal, ya como madre, ya como niña y hermana: “O el río Elqui de mi infancia / que me repecho y me vadeo. / Nunca lo pierdo; pecho a pecho, / como dos niños, nos tenemos” (“Cosas”, Mistral, 1946: 97, vv. XXXI-XXXIV).

El *Poema de Chile* —con el cual concluye la poética mistraliana— está escrito en lengua materna, bajo la autoridad simbólica de esa materia-matricial tan creadora de vida como de palabra. La iniciación en el mundo que la madre realiza con su hija/o, vale análogamente para ese niño-ciervo, a quien la autora le descubre el universo: materias, elementos y accidentes de ese “segundo cuerpo” (“Hallazgo”, Mistral, 1967: 7, v. X) metonímico que es la patria chilena. El poema dice la palabra original, creadora y salvífica, de la cual nace un Chile vivo, primitivo, material. “Yo bajé para salvar / a mi niño atacameño / y por andarme la Gea

/ que me crió contra el pecho / y acordarme, volteándola, / trinidad de elementos. / Sentí el aire, palpé el agua / y la Tierra. Y ya regreso” (“Despedida”, Mistral, 1967: 243, vv. VII-XIV). A diferencia de la épica fundacional falogocéntrica, consagrada a gestas heroicas, batallas y triunfos bélicos, la lírica matricial funda por gestación. La distancia entre gesta épica y gestación lírica la señala el poema mismo cuando aclara que la mujer crea, pero no mata ni realiza lo que la virilidad conoce como hazañas (“Perdiz”, Mistral, 1967: 136, vv. XXXI-XXXVI). De esta gestación poética nace el Chile niño y elemental que Mistral quiso dar a luz.

El carácter matricial de la palabra poética contiene para Mistral una determinación *quasi* salvífica, que reclama la autenticidad de lo originario respecto de cualquier adulteración posterior. El arquetipo materno proyecta sobre lo devenido una suerte de reaseguro vital contra todo falseamiento y caída, y esto vale no solo respecto de la lógica falogocéntrica, sino incluso respecto de lo que podríamos llamar la lógica del acontecer humano más trivial. En ambos casos, la originalidad matricial interrumpe la linealidad del transcurrir fáctico para introducir en la existencia una transvaloración *quasi* salvífica, para resignificar o sobre-determinar lo real por la virtualidad infinita de la vida. Así dice por ejemplo: “cuando yo te estoy cantando, / en la Tierra acaba el mal; / ... / cuando yo te estoy cantando, se me acaba la crueldad” (“Suavidades”, Mistral, 1951: 154, vv. I-VI); “es el mundo desamparo / y la carne triste va. / Pero yo, la que te oprime, / ¡yo no tengo soledad!” (“Yo no tengo soledad”, Mistral, 1951: 148, vv. VIII-XII); “Yo que todo lo he perdido / ahora tiemblo de dormir. / No resbales de mi brazo: / ¡duérmete apegado a mí!” (“Apegado a mí”, Mistral, 1951: 147, vv. XIII-XVI); y en el mismo sentido: “es mejor el hijo mío / que este mundo al que se asoma” (“Encantamiento”, Mistral, 1951: 152, vv. VII-VIII).

Esta sobre-determinación que la relación matricial abre en el seno de lo real, lo reconduce más allá del dualismo sustancialista entre el bien y el mal, a la inocencia original de la existencia, traducida en términos ontológicos como la afirmación pura del ser en un recíproco decir sí. La afirmación original de la existencia no alude a una mera prerrogativa afectiva o emocional, sino a una estricta determinación ontológica por la cual la potencia amorosa deriva de la fuerza creadora de lo real. La condición naciente coincide así con la condición amante y en ese amor se extingue el mal, la crueldad, la soledad, la pérdida, etc. Del amor nace otra lengua, otra sabiduría, otro logos: “dame tu ciencia de amor ahora, madre” (“Cuéntame, madre...”, Mistral, 1951: 177). El secreto de esa ciencia es que ella no conoce el dualismo abstracto entre el bien y el mal, ella solo sabe de inocencia. Será por eso que la poética infantil mistraliana carece de ese carácter moralizante y disciplinario propio de la literatura infantil falogocéntrica,² para confiarse a la espontaneidad puramente libre del juego creador.

² Cf. Mistral (1979: 277).

El único tono condenatorio de la poética matricial se alza en nombre de la inocencia y tiene la fuerza revolucionaria del amor. Esos “piecitos” descalzos y esas “manitas” pedigüeñas cuya sola imagen subvierte la conciencia, siguen siendo hoy los pies y las manos del obrero soterrado en el cobre, el campesino desterrado, las madres a quienes les robaron la vida. En ese grito de denuncia, el amor se cruza con la muerte y la locura, se hace locura de amor y de muerte. “¡Para que el mundo, como madre, / sea loco de mi locura / y tome en brazos y levante / al niño de mi cintura” (“Encargos”, Mistral, 1952: 84, vv. XXXV-XXXVIII). Y aunque el loco mundo jamás lo levantara, aunque lo arrojara a una desolación sin fin, aun en tal caso, ese niño enlazado a la cintura de su madre será siempre el primer principio y el último fin de la ciencia del amor, capaz de renovarse todos los días.

La muerte emerge como último rasgo del arquetipo matricial, en una unidad dialéctica con la vida que resuena desde tiempos inmemoriales. Seno de la vida y tumba de la muerte coinciden en un mismo origen material, que se desdobra e invierte a sí mismo a fin de contener tanto la muerte como el renacimiento continuo del todo. De aquí que la muerte sea para Mistral esa contra-madre del mundo a la cual retorna la vida que ya está cumplida. Tierra fecunda convertida en “polvo de la madre” (“Motivos del barro”, Mistral, 1951: 181) entraña robada, “cielo de madre / ... / donde las madres arrullan / a sus hijos recobrados / o apresuran con su silbo / a los que gimiendo vamos!” (“Locas letanías”, Mistral, 1946: 26, vv. XLIII-LII). Para arrullar ese otro sueño de la muerte, el regazo se hace polvo; la tierra, cuna; la entraña, cielo. Y después de la muerte, esa intuición vitalista que atraviesa el alma primitiva de Mistral³ y promete el eterno retorno de un nuevo nacimiento.

En el cruce con la muerte, el amor deviene locura, esto es, negatividad infinita, indecidibilidad sin fin, superación de todo límite. La muerte borra los contornos de lo vivo, desfonda ese fugaz y frágil punto de apoyo al que la finitud se aferra para ser. En esa infinita negatividad se sumerge la locura perdiéndose en una alteridad sin fin. En la locura, la madre deviene “otra” por la inversión circular de ese origen que restituye lo vivo al fundamento. “Suprimida la madre —comenta Susana Münnich en relación con “Electra en la niebla” (Mistral, *Lagar II*, 1991)— la realidad se convierte en niebla, las cosas pierden su forma y se tornan indistinguibles unas de las otras” (Münnich, 2005: 94). En una inflexión inexorable, el amor naciente rebota contra sí mismo y la *Madre bisoja* abre su arca a tajadas. “He aprendido un amor que es terrible / y que corta mi gozo a cercén: / he ganado el amor de la nada, / apetito del nunca volver” (“Nocturno de la consumación”, Mistral, 1946: 15, vv. XLIX-LII). A la locura de ese amor desfondado se dedica en particular la última poética mistraliana de *Lagar I y II*,

³ Cf. Ladrón de Guevara (1962: 48).

analizada por Raquel Olea desde el punto de vista de un logos diferencial y diferenciante, que el falogocentrismo excluye (Olea, 2009).

A tono de testimonio personal, el “Colofón” a la segunda edición de *Ternura* de 1945 confesaba: “sigo escribiendo arrullos con largas pausas; tal vez me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma [...] Quiero decir con esta divagación que no perdí el arrullo de los dos años: me duermo todavía sobre un vago soporte materno y con frecuencia paso de una frase rezagada de mi madre o mía al gran regazo oscuro de la Madre Divina que desde la otra orilla me recoge como a un alga rota que fue batida el día entero y vuelve a ella” (Mistral, 1952: 161-162). A esa otra orilla donde el ensueño se funde con la reminiscencia de lo primitivo y universal, la racionalidad vigilante cede a la fantasía inconsciente y las grandes hazañas dejan tendido un cuerpo desvalido e incierto, a esa orilla nos devuelve la lengua mistraliana.

La refundación mistraliana de la lengua

La figura de Gabriela Mistral, tal como ha sido construida por el imaginario hegemónico, se debate entre la versión canónica oficial de la casta y pura maestra rural de Vicuña, madre espiritual de Chile y América Latina, y la versión subversiva de la militante progresista y feminista que Chile prefirió exiliar. Esta suerte de dualismo colectivo, consecuente con la lógica patriarcal, cumple la función de invisibilizar la potencia refundacional de la lengua materna-material-matricular mistraliana, cuyo alcance decisivo no se mide ni con los modelos heterosexistas hegemónicos ni con los contra-modelos alternativos, sino con su propia virtualidad transformadora.

Nos referimos aquí a una lengua que socava la función representativa del sustancialismo falo-logocéntrico, el significante fálico como ingreso al orden simbólico, la prohibición edípica constitutiva de la represión subjetiva y hasta el propio modelo socio-cultural de la madre biológica, heterosexual y subsidiaria de la familia nuclear patriarcal. La lengua materna expresa la lógica de otra realidad, en este caso relacional y metonímica, intuitiva, primaria, nacida en conexión inmanente con la materia viva y vibrante. La subjetividad descubierta por la poética mistraliana se construye en el acceso al deseo y goce materno, en continuidad con su cuerpo y en la mediación de su palabra creadora. Su praxis generadora y nutricia supera los límites de la esfera privada para concebirse como función originaria, social, universal y, en última instancia, trans-genérica o trans-sexual. Entendemos además que el arquetipo enunciado por Mistral no es separable de la propia subjetividad libre y creadora de la autora, atravesada por un maternaje —presuntamente— no biológico ni heterosexual, y célibe. Antes que la madre casta, burguesa y sumisa del imaginario falocéntrico, la madre

mistraliana habla una lengua material, originaria, elemental, autóctona, ancestral, atávica y, todavía más, autónoma, *queer* y minoritaria.⁴

Recapitulando la historia del feminismo, el surgimiento de la poética mistraliana se produce en el contexto de la así llamada primera ola feminista y lleva la marca de sus reclamos sociales, particularmente en materia de derechos materno-infantiles. Esta primera ola asume el ideario de cierto maternaje sociopolítico que, en paralelo con la reivindicación de una serie de derechos civiles para las mujeres, quebraba la clausura doméstica de lo materno, redescubría su función social y civilizadora, y redefinía su praxis en términos republicanos e incluso internacionales. Valga mencionar también que este primer feminismo se encuentra históricamente atravesado por la Primera Guerra Mundial y la amenaza de la Segunda, de donde la función cultural y política de lo materno como civilizadora de la humanidad lidera el compromiso por la paz y la libertad, iniciativa que da nacimiento a las primeras organizaciones internacionales de mujeres. En tal contexto, la poética mistraliana es consecuente con el ideario de un maternaje social y político que constituyera una alternativa cultural al modelo androcéntrico, basado en los valores de la lucha a muerte, la competencia y la ley del más fuerte (Mistral, 1924: 7 y ss.).

Además de responder a su propio contexto, el lenguaje poético de Mistral se anticipa medio siglo a las elaboraciones teóricas de lo que será luego el feminismo de la diferencia, la ética del cuidado, el eco-feminismo e incluso la avanzada multicultural, transnacional, trans-racial y trans-genérica de la tercera ola feminista. Como otrora sucediera con el mito que precede al logos griego, o con la poesía romántica cuya intuición sostiene la reflexión filosófica, también en este caso la palabra poética se adelanta a la razón teórica, la canción de cuna preconcebe al concepto y el deseo balbuceante sostiene la fuerza de la transformación. Ese sujeto múltiple y diverso que la poética mistraliana enuncia⁵ nace del sustrato mater-real que lo hace posible.

La poética de Mistral se sumerge en el sustrato que la alimenta para concebirlo en sí mismo por la mediación simbólica de una lengua específica, irreductible y autónoma, abortada durante milenios por la hegemonía representativa y metafórica del significante falo-logocéntrico. La palabra nace de ese sedimento primario e inconsciente en continuidad medial con el cuerpo concebido por ella, como nuevo lazo símbolo capaz de volver a unir la díada materno-filial. Y así lo explica la autora: “las primeras Evas comenzaron por mecer a secas, con las rodillas o la cuna; luego se dieron cuenta de que el vaivén adormece más subrayado por el rumor; este rumor no iría más lejos que el run-run de los labios cerrados. Pero de pronto le vino a la madre un antojo de palabras enderezadas al niño y a sí misma” (“Colofón con cara de excusa”, Mis-

⁴ Cf. Fiol-Matta (2002).

⁵ Cf. Olea (2009: 108).

tral, 1952: 157). Aquellas primeras Evas son todas las Evas de ayer, de hoy y de siempre, en quienes comienza la palabra que primero reconoce, subjetiva y socializa. La lengua materna reconstruida por Mistral no es la primera de una serie lineal y sucesiva, sino el origen actual y activo de todo lenguaje, su vitalidad inmanente hecha de sensibilidad, intuición, mater-realidad. Ella nombra el mundo con una fuerza de realidad en la que resuena ese poder sagrado y atávico de la creación.

La reinención de lo materno como lengua autónoma implica la construcción de una subjetividad y un sujeto de enunciación reconocido y legitimado en esa misma materialidad que lo dice. Habida cuenta de la dominación patriarcal y la hegemonía del sujeto eminentemente masculino, claro, distinto e inmaterial, alzar en primera persona la voz mater-real como sujeto autoconsciente, activo y creador supone subvertir la clásica pasividad, inercia e ininteligibilidad asignada al sustrato materno-material por la lógica fálogocéntrica. La poética mistraliana desdice la inmediatez muda y regresiva del elemento materno-material para afirmarlo en su auto-reflexión activa y autonoma. Nombrándose a sí misma en su materialidad deseante, gozosa y doliente, la subjetividad redefine simultáneamente la consistencia de sí misma y de la otra.

La lengua materna recuperada por Mistral es fuerza de realidad, poder activo, que no se reduce a la madre individual y sustancial biológicamente entendida, sino que simboliza una *gynergia* universal, viva, en todas las posibilidades de su virtualidad conceptiva y transformadora. Lo que Mistral significaba en su lengua, Luce Irigaray lo afirmará décadas más tarde con estas palabras: “es importante que descubramos y afirmemos que nosotras somos siempre madres desde que somos mujeres. Nosotras creamos y procreamos algo más que niños: amor, deseo, lenguaje, arte, sociedad, política, religión, etc. Esta creación, esta procreación nos ha sido secularmente prohibida y es necesario que nos reapropriemos de esta dimensión maternal que nos pertenece en tanto que mujeres” (Irigaray, 1981: 28). Esa suerte de procreación universal es la que el arquetipo mistraliano habilita, liberando lo materno del reduccionismo biologicista y el mutismo simbólico en los cuales el patriarcado sepultó su destino, y elevando su misión a motivo humano, fuerza civilizatoria, transfiguración ética y cultural.

Justamente en el pasaje de la palabra materna al significante fálico, Mistral ubica la caída original de la humanidad. “Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano” (“Cómo escribo”, Mistral, 1962: 3). Autoras como Luce Irigaray o Luisa Muraro verán en esta caída de la lengua el determinante del nihilismo falogocéntrico por ruptura y desconexión con la matriz de la vida. Mistral, por su parte, lamenta el aborto simbólico de un goce inocente y festivo, celebratorio de

la existencia. Considerada en su caída, la recuperación de la lengua materna adquiere el sentido de praxis liberadora, ética y política.

La palabra materna emerge del cuerpo-a-cuerpo matricial, en continuidad esencial con la inmediatez sensible e intuitiva mediada por ella. Por eso “la canción de cuna es nada más que la segunda leche de la madre criadora” (“Colofón con cara de excusa”, Mistral, 1952: 159), puro desdoblamiento y expansión semiótica del continente materno-materia. Mucho antes de que Luce Irigaray denunciara la represión patriarcal del cuerpo-a-cuerpo con la madre, Gabriela Mistral instituía allí el nacimiento del deseo, la palabra, la reciprocidad subjetiva, el juego, la cultura. Lo real y lo simbólico comienzan juntos en el cuerpo materno, y no lo hacen al modo sustancialista del dualismo, sino al modo relacional de una reduplicación inmanente capaz de dar cobijo a la diferencia.

“Me ha besado y ya soy otra: otra por el latido que duplica el de mis venas y por el aliento que se percibe entre mi aliento” (“Poemas de las madres”, Mistral, 1951: 169). La lengua materna expresa así un desdoblamiento ontológico que salva la identidad del vacío abstracto y tautológico de ser meramente sí misma, para convertirla en dialécticamente otra. Tal desdoblamiento abandona el dualismo abstracto sujeto-objeto como relación externa y sustancialista. Ni la “creatura” es objeto de madre ni ésta lo es del hijo, ni la madre es sustancia devoradora ni la “creatura” es el gran otro de la sumisión materna. Por el contrario, entre ambos media un dinamismo recíprocamente constitutivo del uno a través de la otra. Madre-hija/o se identifican en matricial unidad y su mediación los determina, por acción recíproca, sujetos diferenciales. Concebir la desposesión materna, su entrega y abandono filial en los términos falogocéntricos de obediencia servil —a los cuales se le podría añadir la fantasía omnipotente y la castración real del complejo edípico— significaría ignorar la especificidad de la lengua materna mistraliana, dicha en la superación de todo dualismo y en la reciprocidad pura del goce matricial.

La erótica materno-filial, su cuerpo-a-cuerpo deseante y su fuerza de subjetivación constituyen lo que Luce Irigaray denomina el continente negro del falogocentrismo y Silvia Vigetti Finzi califica como la mayor represión de nuestros tiempos (1993: 7; 2001: 121 y ss.). El hecho de reinscribir el deseo sobre el cuerpo materno, nombrar su goce creador y liberar la palabra a la inocencia de una ronda universal echa por tierra la suprema prohibición del patriarcado, a saber: la prohibición del nombre de la madre y su condenación original. De aquí el potencial revolucionario de la lengua materna, susceptible de quebrar a tajadas todo el edificio falogocéntrico. Cuando las barreras de la represión se levantan, entonces vuelve a la conciencia la fuerza de ese vitalismo universal que atraviesa la poética mistraliana.

Ella dice mucho de la materialidad erógena primordial y muy poco de la institución patriarcal de lo materno como función biológica, obligatoria, depresógena y opresiva, tal como ha sido descrita por Adrienne Rich (1996) o Victoria

Sau (1995), entre otras. En un salto por elevación, Mistral se instala en lo originario y toma distancia de la madre funcional al falogocentrismo. Por eso, para ella “no hay dramatismo histórico ni alharaca romántica en los días de la madre. Su vivir cotidiano corre parejas con la de una llanura al sol: en ella, como en el llano agrario, la siembra y la cosecha se cumplen sin gesticulación, dentro de una sublime llaneza” (“La madre: obra maestra”, Mistral, 1962: 35). Ni idealización romántica, ni opresión servil, ni disciplinamiento, ni *maternofobia* reactiva. La lengua materna fluye con la espontaneidad libre y creadora de su propia medida inmanente.

Y la paradoja infinita de una tal llaneza es que ella realice el milagro de la vida, conciba su poder, de luz a esa sabiduría suprema hecha de arrullo, vaivén de cuna e inocencia de ronda. No es aquí cuestión de meros relatos, ni metáforas, ni idealizaciones, ni ideales superyoicos, sino de un modo de ser devenido palabra. Se trata de una *materialidad* empañada en nacer, porque el nacimiento constituye el primer principio de lo real y aferrarse a lo originario es la acción recíproca instintiva de lo parido.⁶ Casi como un capricho de humanidad siempre inmadura y desvalida, en ese agarre frágil y fugaz se nos va la vida.

Sobre la llaneza de su propia madre habla Mistral: “me hacía una presencia sobrenatural, me daba razón de vivir, me afirmaba en este mundo” (Mistral, 2008: 21). Y la confesión tiene un alcance universal:

Finalmente, a nadie deslumbra la pasión de la mujer por el hijo, aunque sea la pasión que más dure. Veinte, sesenta años está en pie, y esto no lo produce la mera naturaleza: el frenesí del viento no dura mucho y el fervor de la cascada a ratos se relaja; la pasión del animal, más flaca que la de los elementos, vale menos aún, ya que no va más lejos que la estación. La madre rebasa lindamente la naturaleza, la quiebra, y ella misma no sabe su prodigio. Una pobre mujer se incorpora por la maternidad a la vida sobrenatural y no le cuesta —¡qué va a costarle!— entender la eternidad: el hombre puede ahorrarle la lección sobre lo Eterno, que ella lo vive en su loca pasión. (“La madre: obra maestra”, Mistral, 1962: 37-38)

En una sola y misma acción, lo materno quiebra la naturaleza, la poética mistraliana supera la lógica patriarcal y la humanidad recupera su infancia, esa que no está en ningún pasado perdido sino en un presente actual y activo, hecho de vida y amor.

Después de Mistral, la voz filial de Juan Gelman (“Carta a mi madre”, 1989) volvió a instalar la poética latinoamericana en ese desdoblamiento materno-material-matricial donde madre y creatura, creatura y mundo, mundo y palabra

⁶ Cf. Marchant (2009).

se sostienen, como guirlandas trenzadas, en una misma carne de a dos. A la certeza materna: “¡mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!” (“El dolor eterno”, Mistral, 1951: 173), responde el instinto filial de reconocerse a sí mismo en ella.

“La poesía es en mí, sencillamente, un regazo, un sedimento de la infancia sumergida” (“Cómo escribo”, Mistral, 1962: 3). Y en ese *sym-bolon* se reconocía a sí misma.

A modo de conclusión: El último recado

Décadas antes de que el feminismo de la diferencia denunciara el matricidio fundacional del orden falogocéntrico y abordara la reconstrucción de una simbólica materno-material-matricial autónoma, Gabriela Mistral daba nacimiento en lengua materna a una existencia concebida, alimentada y contenida por el imaginario primitivo y fundacional del género humano. Incluso décadas antes de que los nuevos feminismos materiales afirmaran la potencialidad auto-activa del sustrato material, la entraña mistraliana producía vida, deseo y sentido.

Antes de que el eco-feminismo se remontara a la ancestral analogía de la mujer con la tierra y la naturaleza a fin de recrear la sacralidad de la vida universal y reconstruir por ella un nuevo *ethos* post-humano, mucho antes, la poética mistraliana convertía en madre al universo entero y hermanaba en su seno a todos los seres. Esa Gabriela telúrica, vitalista y atávica anticipaba la democracia de la tierra y la justicia medioambiental. Anterior también a la expansión multicultural, trans-racial y trans-nacional de la tercera ola feminista, ella elevaba al mundo la voz indoamericana en reconocimiento de su tradición, su sabiduría ancestral y su comunitarismo. Anterior incluso a la diversidad trans-sexual y trans-genérica, Gabriela construía una identidad femenina fuera del dualismo heterosexual y performaba una praxis materna fuera de la obsesión biologicista, a escala de creación universal.

En nombre de esa intuición poética y ese instinto de ritmo que siempre llegan antes que la razón discursiva, la lengua mistraliana adelantaba el siglo. Su poesía era denuncia y resistencia, pero sobre todo misión de amor balbuceante. Y la misión no está cumplida. Todavía la lengua materna no es la lengua del género humano. Todavía nuestros hijos caminan sangrantes, extienden sus manitas pediguéñas y mueren de guerra. Todavía no hemos vuelto a jugar en paz, ni amparado nuestro desvalimiento esencial. Hoy, en especial hoy, el patriarcado capitalista saquea los frutos de la tierra, ultraja los árboles amerindios, nos roba el pan, el agua, los *materiales*.

La profética mistraliana llegaba entonces demasiado temprano, como recado postrero, para recogerlos en la otra orilla de la pesadilla patriarcal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Braidotti, Rosi (2005), *Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal.
- Fiol-Matta, Licia (2002), *A Queer Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Gelman, Juan (2000), *Salarios del impío. Carta a mi madre*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Irigaray, Luce (1981), *Le corps-à-corps avec la mere*, Montréal, Les editions de la pleine lune.
- Ladrón de Guevara, Matilde (1962), *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, Buenos Aires, Losada.
- Marchant, Patricio (2009), *Sobre Árboles y Madres*, Buenos Aires, La Cebra.
- Mistral, Gabriela (2008), *Gabriela Mistral: Patrimonio cultural*, Ministerio de Educación de Chile, 46/XIII.
- (1991), *Lagar II*, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- (1979), *Magisterio y niño*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- (1967), *Poema de Chile*, Barcelona, Pomaire.
- (1962), *Páginas en prosa*, Buenos Aires, Kapelusz.
- (1954), *Lagar I*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.
- (1952), *Ternura*, Buenos Aires, Austral. [1924]
- (1951), *Desolación*, Buenos Aires, Austral. [1922]
- (1947), *Antología*, Santiago de Chile, Zig Zag.
- (1946), *Tala*, Buenos Aires, Losada. [1938]
- (1924), *Lecturas para mujeres. Destinadas a la enseñanza del lenguaje*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja.
- Münnich, Susana (2005), *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- Muraro, Luisa (1981), *Maglia o uncinetto, Racconto lingüístico-politico sulla inimicizia tra metáfora e metonimia*, Milán, Feltrineli.
- Olea, Raquel (2009), *Como traje de fiesta: Loca razón en la poesía de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile.
- Rich, Adrienne (1996), *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Ana Becciu (trad.), Madrid, Cátedra.
- Sau, Victoria (1995), *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*, Barcelona, Icaria.
- Vigetti-Finzi, Silvia (1993), *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*, Pepa Linares (trad.), Madrid, Cátedra.
- (2001) “El mito de los orígenes. De la Madre a las madres, un camino de la identidad femenina”, *Figuras de la madre*, Silvia Tubert (ed.), Valencia, Cátedra: 121-154.

